

Erijamos un trono á la justicia  
 Con los escombros del imperio Hispano,  
 En este mundo nuevo Colombiano,  
 Viva fuente de gloria y de poder.  
 Vén! derribemos fábrica de oprobio!  
 Vén! ayuda á tu hermano y á tu amigo!  
 Y un mismo trono ocuparás conmigo  
 Después que hayas cumplido tu deber.

Vén! Los jueces no lidian. Esas hienas  
 Togadas, sólo con la pluma tratan;  
 Cuando ellos nos deshonran y nos matan,  
 Es porque está á cubierto su maldad.  
 Los jueces son invulnerables. Ellos  
 No tienen quien los hiera ni los veje:  
 Si el malo los corrompe y los protege,  
 Los tolera la imbécil sociedad.

Vén, vén, hermano! La virtud vencida,  
 Miserable y pobre por la tierra vága,  
 Mientras el mundo en su abyección halaga,  
 Premia y corona al crimen vencedor.  
 Á la espada apelemos como todos  
 Los que han vencido imperios, y ante el trono  
 Vendrán á arrodillarse sin encono  
 Los mismos que hoy maldicen al *Traidor*.

El poder es justicia. Sí, es preciso  
 Que yo le deje un rótulo á la historia,  
 Que le cambie y le dore la victoria;  
*Rey*, no *Traidor*, Don Álvaro será.

Los que hoy llaman perverso al que conspira,  
 Santo al que venza llamarán mañana,  
 Y entre el oro y el nácar y la grana  
 El crimen en virtud se trocará.

Porque ante el brillo y majestad del trono  
 Se ocultan los delitos: cuantos fueron  
 Monarcas al principio, lo debieron  
 Á su fortuna, audacia y ambición.  
 Y seremos como ellos, y fundando  
 Un reino unido, poderoso y grande,  
 No habrá, en el orbe, rey que nos demande  
 Homenaje de amor y admiración.

Vén, pues, hermano, vén!—Y con la diestra  
 De su campo mostrábale el camino.—  
 Desde allí se castiga al asesino;  
 Vén, pues, conmigo, á castigarlos; vén!—  
 Y de su ojo entusiasta pártete un lampo  
 De viva luz que el rostro le ilumina:  
 Es su actitud la de ángel que domina  
 Al proscrito en las puertas del Edén.

Habló Alvár, y á su campo dirigióse  
 Pensando que su hermano le seguía;  
 Mas al verle quedar, en furia impía  
 Trocó todo su afecto, y preguntó:  
 —¿Vienes, ó no?

—No voy!

—Pues desde ahora

Yo reniego de ti, no soy tu hermano;  
 No; que tú eres el cómplice inhumano  
 Del asesino que á tu padre hirió.

Quédate, pues, con él ; presta tu brazo  
Al vil traidor, al bárbaro verdugo ;  
Besa sus pies, inclínate á su yugo ;  
Defiende todo cuanto ataco yo !

Y que la sombra de mi padre se alce  
De su sepulcro, cárdena y sangrienta,  
Y al hijo vil que consintió en su afrenta  
Siempre sus ayes maldiciendo estén !  
Ó eterna unión, ó división eterna !  
Ó alianza fraternal, ó guerra á muerte !  
Eh ! decide tú mismo de tu suerte !  
Mi postrera palabra es ésta : Vén !—

En la mano convulsa sostenida  
Tiene Gonzalo la espaciosa frente,  
Cual si agobiara el pensamiento ardiente  
La mente con su peso abrumador.  
Fijos los ojos en el verde suelo,  
Sin ver y sin sentir, está ocupado  
Revolviendo en el cerebro abrasado  
Del hermano el discurso aterrador.

Y meditó un instante. Luégo alzando  
La noble frente sobre el cuerpo enhiesto,  
Hace brillar en su ademán y gesto  
Imponente y severa majestad.  
De pie y erguido, en sus radiantes ojos  
Dilátase la cóncava pupila ;  
La frente ostenta cándida, tranquila,  
Mientras fulmina el labio la verdad.

GONZALO.

—Y hacia dónde he de ir? ¿Quieres llevar-  
Á aquel reducto en que descansa ahora [me  
La soñada potencia, protectora  
De tu delito horrendo y tu poder?  
Bien ! suponlo ; ya estoy entre los tuyos.  
Ó vences ó sucumbes en la lucha :  
Estás vencido? Pues la voz escucha  
Del mundo, que maldice hasta tu sér.

Estás triunfante? Pues el brazo fuerte  
Extiende, manda, recompensa, ordena ;  
Castiga, si lo puedes ; doma, enfrena  
Aquella turba que á tus pies está !  
La turba de sacrílegos bandidos  
Que al resplandor de la incendiaria tea,  
En salvaje algazara se recrea  
Con esa sangre en que embriagada va. . . .

*¡Tú* levantar á la Justicia un trono !  
*¡Tú* vindicando el filial cariño !  
*¡Tú* que en la sangre de inocente niño  
Has empapado tu puñal, crüel !  
*Tú* que La Plata en báquica alegría  
Diste al cuchillo y á voraces llamas ;  
*Tú* vengador del hombre te proclamas,  
*Tú* que eres un azote para él !

Dí : ¿ qué tienen que ver tus bandoleros  
Con la venganza que Gaspar reclame ?  
¿ Es por ventura el asesino infame  
El que debe á mi padre vindicar ?

Pues yo te digo que Gaspar reniega  
De la venganza bárbara, infelice !  
Y desde el cielo, donde está, maldice  
Al que intenta su nombre profanar.

Y yo te digo que quien busca ayuda  
Para vengar á un padre calumniado,  
Ya degenera del valor legado  
Por padre á hijo, de uno en otro Oyón ;  
Y que si el noble hidalgo en este instante  
Se levantara de su tumba fría,  
Sobre tu crimen, Álvaro, echaría  
Su justa, abrumadora maldición !

¿ No tuvo padre el inocente infante  
Que asaste en el incendio ? ¿ No tenía  
Hijos el magistrado que tu impía  
Mano de un golpe y sin razón mató ?  
¿ Conque la humanidad es tu juguete ?  
¿ Conque es tu diversión el sacrilegio ?  
Tienes de amar al padre privilegio  
Tú sólo . . . y ya, por ser tu hermano, yo !

Torna la vista, Alvár ! Mira tus huellas !  
Oh ! dondequiera que posó tu planta  
Hay sangre y duelo. . . Tu grandeza espanta ;  
Estremecen tu nombre y tu poder !  
Qué hay en tu campo, Alvár ? Sólo asesinos,  
Y antropófagos bárbaros, sedientos  
De sangre. ¿ Y éstos son los elementos  
Con que va la virtud á renacer ?

Dáme hechos, no palabras. Tus delitos  
Están contradiciendo la mentira  
De esa elocuencia que á tu labio inspira  
Un instinto perverso y seductor.  
Dáme hechos, no palabras. Con traidores  
No se lava el honor amancillado,  
Ni se reforma el hombre. Tú inmolido  
Serás de esos malvados al furor.

Mientras la destrucción rija tu brazo,  
Aquella turba vil que se divierte  
En medio del incendio y de la muerte  
Tendrá tu genio y tu poder por ley.  
Mas si quieres fundar, si buscas puerto  
Para escapar al piélago infinito  
De la maldad, el hijo del delito  
Á su interés inmolará su rey.

Roto el encanto que sujeta al hombre  
Al poder que por hábito venera,  
En multitud sin freno y altanera  
Todos ya tras el cetro correrán.  
Cual tú, querrán ser reyes, y en perpetua  
Sucesión opresores á opresores,  
Y traidores infames á traidores,  
Y á bajezas bajezas seguirán.

¡ Por medios tales elevar pretendes  
Con los escombros del imperio Hispano  
En este mundo nuevo Americano  
Á la justicia espléndido dosel !

Sí, el traidor de lealtad dará lecciones,  
De lástima y piedad, el asesino,  
Y del derecho enseñará el camino  
El bandolero bárbaro y cruel!

Quien degüella á los párvulos, su ofrenda  
De piedad y de amor enviará al cielo;  
Quien profana el altar, dará consuelo  
Al trémulo ministro del altar!  
Y así tu sociedad regenerada  
Y llena de virtud y bienandanza,  
Dejará satisfecha tu esperanza  
Y honrará la memoria de Gaspar!

Bien! Álvaro, muy bien! Tus foragidos  
Van á hacer de la tierra un nuevo cielo:  
Tu nueva sociedad será modelo:  
La escuela es nueva, santa la lección! . . .  
¡No! Jamás el delito regenera;  
Que está en el cielo y en la tierra escrito,  
Ay! que el delito engendrará delito,  
La infamia infamia, la traición traición!

Y aunque logres vencernos, nunca, hermano,  
Conocerás la paz ni la ventura:  
Dolor interminable, honda amargura  
Tus hechos y doctrinas brotarán.  
Los que á vencer por interés te ayuden  
También por interés te harán la guerra,  
Y aspirando al dominio de la tierra,  
Como calculas tú calcularán.

Y se equivocarán, cual se equivoca  
El hombre siempre en su opinión falible;  
Y en desorden satánico y horrible,  
La ambición empujando á la ambición,  
Á la envidia la envidia, el lucro al lucro,  
Y el egoísmo torpe al egoísmo,  
La sociedad sin fe, sin patriotismo,  
Hervirá en loca, eterna confusión,

En caos espantoso, donde el crimen  
Con que pretendes dominar el mundo,  
Será tan sólo en crímenes fecundo,  
Tanto que de tus obras temblarás.  
Y en lugar de juntarse, separados  
Los pueblos por la fuerza del delito,  
Cada cual contra ti lanzará el grito  
Que con tu ejemplo autorizado habrás.

Y en lugar de virtud, el crimen sólo  
Del crimen que le engendra renaciendo,  
En perpetua cadena irá prendiendo  
Al delito el delito, al mal el mal.  
Y en lugar de riqueza, la miseria  
Será sombra del crimen y su precio,  
Y en lugar de poder tendrá el desprecio  
Del universo el pueblo criminal.

Apóstol del terror! Sueñas en vano:  
Ay! has de verte debelado, herido  
Por el mismo sacrilego bandido  
Que tu mano al delito acostumbró.

Escorpión que la prole maldecida  
Del crudo seno arroja emponzoñado  
Para ser por la prole devorado  
Á quien la vida y la ponzoña dió.

Tal eres tú. No pienses que á la lumbre  
De sacrilega espada parricida  
Cobre vigor la sociedad herida ;  
Al vicio le corrige la virtud :  
La virtud, que redime y no esclaviza,  
Que resiste con Fabio y con Leonidas,  
Que eleva á las naciones abatidas  
Con Sócrates muriendo y con Jesús.

ÁLVARO.

—Aguarda. . . . Qué es virtud ?

GONZALO.

—El sacrificio

Del yo por lo demás : el santo olvido  
Que hace del hombre calumniado, herido,  
Un héroe en el amor y en el perdón.

ÁLVARO.

—Y qué gana con eso ?

GONZALO.

—Hacer la dicha

De todas las naciones, que se extiende  
Como el ejemplo se propaga, y prende  
El bien de corazón en corazón. . . .

Ser mártir y hacer bien ! Tal es la santa  
Ley del linaje humano redentora :  
Imitar la paciencia bienhechora  
Del que bajó á morir por la verdad.  
Eso es virtud : el interés no dicta  
De su alto ministerio el ejercicio ;  
Ella se da á sí misma en sacrificio  
Y muere por salvar la humanidad.

Oh España ! Si en las aras de tu gloria  
Nuestras viles pasiones deponemos,  
Al bien del Rey y al nuestro atenderemos  
Llenando con lealtad nuestro deber.  
Así la noble inspiración siguiendo  
Con que la fe nos liga á la palabra,  
La mutua dicha el patriotismo labra  
Y así de la virtud nace el poder.

ÁLVARO.

—Y aun veneras al Rey !

GONZALO.

—Sí, le venero

Como útil y benéfica barrera  
Ante la cual se estrélla en su carrera,  
Para bien de mi Patria, la ambición.  
Quítala—y tu derecho y mi derecho,  
Y el derecho de todos es el mismo ;  
La única ley, la ley del egoísmo,  
Y el estado normal, la rebelión.

ÁLVARO.

—¿Y quién premia el dolor de los leales  
Que sufren como tú?

GONZALO.

—Dios!

ÁLVARO.

—Del Dios dudo

Que abismado en su gloria, inerte, mudo,  
Deja precipitar la humanidad  
De delito en delito desbocada,  
De servidumbre en servidumbre ciega,  
Ó de la duda en sempiterna brega,  
Siempre de tempestad en tempestad.

Dios! Religión! Deber! De esos fantasmas  
Siervos son tus imbéciles hermanos;  
Siempre, para oprimirlos, sus tiranos  
Invocan Religión, Dios y Deber.  
Y es *deber* perdonar al asesino,  
Besar la mano al déspota sangrienta,  
Y humillarse cobarde ante la afrenta,  
Y sufrir el baldón, y perecer!

Perecer calumniado! Y en la tumba,  
Aquel postrero y misterioso asilo  
Donde el delito mismo está tranquilo,  
Aun no encontrar de la ignominia el fin!  
Sobre el frío sepulcro del anciano  
Que fué mi padre, la Dishonra vive,  
Y me rechaza, ó en mi frente inscribe  
La marca odiosa que llevó Caín.

Si sufrirlo es deber, venga el delito! . . .  
¿Cuál puede ser el medio reprobado,  
Si es un triunfo feliz el resultado,  
Y si ese triunfo la ventura da?  
El bandido y el bárbaro destruyen,  
Y quien la libertad busca y promete,  
Tiene que usar el destructivo ariete  
Que al fiero despotismo aterrará.

Deja, oh Gonzalo! escrúpulos indignos  
De tu elevada mente y fuerte brazo;  
Vence! . . . De la Victoria en el regazo  
Hasta los Huilas te verán lucir.  
Eres único estorbo en mi camino:  
Une tu brazo al mío, y triunfaremos,  
Y pueblos y cronistas formaremos,  
Prontos á creer y prontos á mentir.

La humanidad es vil, Gonzalo: el hombre  
Sólo admira la próspera fortuna,  
La riqueza, el poder . . . virtud ninguna  
Alcanza compasión, si es infeliz.  
Que venga el antropófago, y entonces  
Ya su respeto el hombre no rehusa;  
Con la victoria la maldad excusa,  
É inclina ante la fuerza la cerviz.

GONZALO.

—Oh! piedad! Tus doctrinas estremecen!

ÁLVARO.

—Y la muerte de un padre! . . .

GONZALO.

—Te comprendo ;

Pero yo no lo vengo ni defendiendo  
 Con que nos manche un crimen á los dos.  
 Con eso su deshonra crecería,  
 Y viera España con los ojos fijos  
 En los tristes delitos de sus hijos  
 Más que la ley, la maldición de Dios !

ÁLVARO.

—Venzamos ; y el poder nos hará santos.  
 El mundo teme al que el peligro arrostra  
 Y vence.

GONZALO.

—Ay, sí ! La humanidad se postra  
 Á adorar el poder, no la virtud !  
 Sé que al brillo del oro, y al reflejo  
 De la grandeza, múdanse los hombres,  
 Y á los delitos dan brillantes nombres  
 Que engañan á la imbécil multitud.

Porque todo es mentira acá en la tierra :  
 Nos miente la criatura á quien amamos,  
 Miéntenos los objetos que miramos,  
 Nos miente y nos engaña el corazón.  
 Miéntenos la esperanza que nos guía,  
 Nos miente la lisonja y nos asecha,  
 Miéntenos la venganza, aun satisfecha,  
 Nos miente, aun victoriosa, la ambición.

Y aunque todo es hipócrita mentira,  
 Y todos la mentira conozcamos,  
 Ay ! todos la mentira cortejamos,  
 Por amor—por rencor—por vanidad.  
 Sólo la Fe se opone á la mentira  
 Cuando mintiendo el mundo nos aflige :  
 Ella sola nos alza y nos dirige  
 Á Dios, única fuente de verdad.

Fué la Fe santa quien habló á mi padre  
 Cuando, ya al perecer, siendo inocente,  
 Prodigó generoso al delincuente  
 El tesoro cristiano del perdón.  
 Ella fué la que viendo perseguido  
 Y encadenado al mártir de los reyes,  
 Inspiróle respeto por sus leyes  
 É hizo un héroe cristiano de Colón.

Con tan nobles ejemplos ¿qué me importa  
 Que el hombre adule al vencedor presente,  
 Si el hombre en su odio y su alabanza miente  
 Según se lo aconseja el interés ?  
 El poder no es justicia, aunque los hombres  
 Al vencedor adulen. Yo no quiero  
 Más favor que el de Dios, y sólo espero  
 Tener á Dios de amigo, á Dios por juez.

Vale más arrastrar una cadena  
 Impuesta por la intriga y el delito,  
 Vale más con Colón andar proscrito,  
 Que dictar á dos mundos nuestra ley.

So el peso de los grillos duerme y sueña  
El justo en libertad : tras la cortina  
De púrpura del trono, está la espina  
Que oprime y punza el corazón del rey.

Quiero la libertad entre los hierros  
Que el mismo Dios solivia y aligera,  
No la dorada esclavitud que impera  
Rodeada de pompa y vanidad.  
Los que sirven al mundo, y se apasionan  
Del funesto oropel de su alabanza,  
Siguen también del mundo la mudanza  
Y malos son si él premia la maldad.

Los que sirven á Dios, en sus verdugos,  
En la calumnia vil y sus furores  
Ven ignorancia, ceguedad, errores,  
Que inspiran, no venganza, compasión.  
Buscando á Dios, con libertad al cielo  
Se encumbra nuestro espíritu sublime,  
Y del delito que á la tierra oprime  
Ve con noble desdén la presunción.

Y ante ese Dios cuya piedad imploro,  
Sometido á su ley y á su doctrina,  
Don Álvaro, mi espíritu se inclina  
Anegado en deleite y gratitud.  
*Ama á tus padres*, dice Dios ; los amo :  
*Obedece á tu rey*, y le obedezco :  
*Perdona al que te ofende* ; y paz le ofrezco,  
Y rindo vasallaje á la Virtud.

Es la tierra que vió mecer mi cuna,  
Sagrada para mí. Tu injusta saña  
Ofenda sola á nuestra Patria España,  
Y de alterar mi fe cese tu afán.  
Mira esta mano : la señal del crimen  
No la ha manchado ! Es digna de mi padre ;  
Digna de sostener á aquella madre  
Á quien tus tristes hechos matarán !

Pero tú no la amas, ni te importa  
Ay ! agravar su mísero destino :  
De esa madre infeliz el asesino  
Tú serás, y baldón de su vejez.

ÁLVARO.

—No, por piedad ! . . . —

• Y el hombre empedernido  
Sobre la hierba se postró de hinojos,  
Y volvió al cielo los llorosos ojos  
Y pensó en Dios por la primera vez.

ÁLVARO.

—Díme que vive aún, y que recuerda  
Á este infeliz. . . . Mi madre ! Mi María !  
Por ahorrarle una lágrima yo haría  
Cuanto exigiese en su viudez de mí.  
Fué de Gaspar la heroica compañera,  
Y yo en el campo, del cañón al trueno,  
Al desprenderme del materno seno,  
Miré la luz y el atambor oí.

Ella por mí velaba ; ella en sus brazos  
 Mi zozobrada infancia protegía  
 Del sol abrasador, del aura fría,  
 Del hambre, del cansancio, de la sed.  
 Y ayudábame tierna, ora arrojando  
 La bola grave sobre el verde prado,  
 Ó ya tendiendo al colorín pintado  
 Entre las ramas la encubierta red.

GONZALO.

—Ahora reconozco, amado hermano,  
 Al hijo de Gaspar y de María ;  
 Sábelo, pues : la anciana en su agonía  
 Al mar se entrega, y se dirige aquí.  
 Ya la llama el sepulcro. . . . Oh ! no dejemos  
 De recibir su bendición postrera !  
 ¿ Querrás, Alvar, que consolada muera ?  
 Dime, ¿ querrás que le bendiga ?

ÁLVARO.

—Sí !

#### CUADRO DÉCIMO CUARTO

EL ESPECTRO.

Es lóbrega la noche : nubló oscuro  
 De lluvias y relámpagos preñado \*  
 Parece haber el mundo sepultado  
 En abismo de espanto y soledad.

\* Repetición literal, con las variantes que exigía la diferencia del metro, del principio del poemita "Casimiro el Montañés."  
 (El Editor.)

De mi bridón el huello generoso  
 Percibo solamente, y el chillido  
 Por buho misterioso despedido  
 Al lanzarse en la triste oscuridad.

Los árboles, las piedras y las nubes  
 Cual temibles fantasmas se presentan,  
 Y sus formas grotescas me amedrentan,  
 Y temo al sitio no llegar jamás.  
 Ya sujeto al corcel y ya le animo,  
 Y lo tengo otra vez, porque me espanta  
 En tierra al asentar la recia planta,  
 Y vuelvo á ver si alguno viene atrás.

¿ Esto senda será, camino aquello ?  
 Á cada parte el alazán dirijo,  
 Y en ninguna persisto ni me fijo,  
 Y no sé á dónde ni por dónde voy.  
 Incierto vágo por la gran llanura  
 Que del Quindío cierra la montaña  
 Y manso el Cauca con sus aguas baña,  
 Pero no sé ni en qué paraje estoy.

La rápida y escasa luz del rayo  
 Sólo me muestra el agua cristalina  
 Que inunda la llanura y la domina  
 Y borra los caminos por doquier.  
 Y estoy yo solo ! Y nadie se presenta !  
 Vano el clamor, y vano el alarido ;  
 Que al que en tal confusión se halla perdido  
 Sólo el ojo de Dios le puede ver !